

gracion las *especies* son el pan modificado, pero no despues; entonces no son mas que la simple apariencia, ó como se quiera nombrar, pero no el pan modificado, pues allí ya no hay pan. Es muy fácil formar grandes argumentos fijando los principios á su gusto, y haciendo decir á los contrarios lo que no han dicho, ni soñado. Cuando en la *cuprificacion* ó transformaciones metálicas, de que poco ha hemos hablado (n. 442), el cobre se sustituye ó remplaza al hierro, la figura del hierro subsiste; la figura del hierro es el hierro modificado: hé aquí pues, segun el raciocinio de M. Saurin, hierro modificado sin que verdaderamente haya hierro. — *El cuerpo de Jesucristo*, continúa el ministro calvinista, *no puede estar todo entero en el cielo, y en la tierra sin contradiccion*. Hemos visto que Leibnitz y Voet se reian de esta contradiccion imaginaria. En efecto, Dios ¿no está todo entero en el cielo, y todo tambien en la tierra? Lo repetimos: la diferencia del cuerpo al espíritu, aunque inmensa, no entra aquí para nada. Los calvinistas dicen que comen en la tierra el verdadero cuerpo de Jesucristo, que está en el cielo: esta sí que es una contradiccion de bien diversa especie; y así Bayle no dudaba decir que esta doctrina habria desagradado á Averroes no menos que la de los católicos¹. *Por último*, añade nuestro predicador, *Jesucristo, segun los católicos, es uno en número, y aquí hay partículas innumerables*. ¡Buena! Dios es uno en número, y sin embargo está en todos los granos de arena, que son tambien innumerables. La naturaleza divina es una en número, y las personas que realmente son esta misma naturaleza, son tres. Esperamos sobre esto las explicaciones de los ministros. Bayle, en el impo artículo de *Pirrhon*, habia dicho lo bastante para quitar á Saurin el deseo de hacer comparaciones

¹ Es cierto que este es el verdadero sistema de los primeros calvinistas, y así sus sucesores se han quejado injustamente de esta confesion de Bayle. ¿Pero cómo es posible negarlo despues que Beza, llamado el *Papa de los Hugonotes*, y que en el coloquio de Poissy habló en cualidad de orador y teólogo de la secta, expresamente dijo, que se recibia el cuerpo de Jesucristo, que está en el cielo, tan verdaderamente como vemos con los ojos el Sacramento, le tocamos con las manos, y le entramos en nuestra boca?

entre las dificultades de un misterio que admite, y de otro misterio que desecha. Es muy probable, que si se le hubiese preguntado seriamente á este ministro, *¿si Jesucristo era Dios? no se hubiera atrevido á responder¹*.

§ 6.

448. *P.* Y bien: ¿qué juicio forma sobre la Eucaristía el fiel sencillo, que nada sabe de todas estas contestaciones?

R. El fiel sencillo comprende y siente mejor las ventajas que tiene en este augusto Sacramento. Ve la perfecta analogía de la Ley antigua con la nueva: nota que en una y en otra el sacrificio ofrecido á Dios viene á ser alimento del pueblo fiel; ve reproducirse para él el maná del desierto, y en la necesidad de viajar en una tierra de destierro halla un viático sólido y durable, que le sostiene hasta que llega á la region de los vivos: ve el cumplimiento literal de la promesa hecha por Jesucristo de estar con los hombres hasta la consumacion de los siglos²; y en fin, como dice S. Juan Crisóstomo, tiene la satisfaccion no solo de ver á su Salvador y de tocar la orla de su vestido, como la mujer enferma del Evangelio (*Luc. viii.*), sino que le palpa á él mismo, le toma en sus manos, le recibe en su pecho, le coloca sobre su corazon³. ¿Qué mas puede desear? Quien no ama á Dios despues de este beneficio, no tiene corazon.

ARTÍCULO V.

Sobre el Pecado Original.

449. *P.* ¿Qué decis del pecado original? Un niño,

¹ Esto es lo que J. J. Rousseau nos hace saber de todos los ministros de la Reforma, como hemos dicho mas arriba núm. 221.

² Ecce ego vobiscum sum omnibus diebus usque ad consummationem sæculi. *Matth. xxviii.*

³ Et tu quidem vestimenta cupis videre: ipse verò tibi concedit non tantùm videre, verùm et manducare, et tangere, et intra te sumere. *Chrysost. Hom. ix ad Popul. Antioch.*

que nace seis mil años despues de Adan, ¿ cómo pudo consentir ó no consentir en su prevaricacion? ¿ Ni cómo un Dios justo puede imputar un pecado á los que no han tenido en él parte alguna?

R. Por poco que se reflexione sobre estas objeciones, claramente se ve que todas ellas se fundan sobre el equívoco de la palabra *pecado*: no se forman tales discursos, sino porque no se sabe distinguir el *pecado original* del *pecado actual*¹. El *pecado original* es una desgracia en que nacemos, 1º porque somos hijos de un padre criminal y delincuente, y por lo tanto nacemos despojados de las prerogativas y dones concedidos á él, y en su persona á sus descendientes. 2º Lo es, porque nuestras facultades² han sido alteradas y depravadas por esta privacion, y por el gran trastorno ó revolucioñ obrada en Adan, cuando en su pecado se convirtió enteramente hácia la criatura³. La imágen de Dios quedó

1 *Pecado actual* es un acto ú omisión contra la Ley de Dios, en razon del cual se dice del hombre que peca: *peccans*, y así es personal. Lo que queda en el alma despues de la omisión ó del acto malo, es decir, aquella mancha ó privacion de la gracia (si es grave), ó de su esplendor (si es en cosa leve, etc.) por razon de la cual el hombre se dice *pecador*, se llama *habitual*. El *pecado original* pertenece á esta clase, es decir, es la privacion de la gracia, que habríamos tenido, si Adan, nuestro padre, no hubiera pecado. Y así no es necesario que sea cometido personalmente. Un hijo naturalmente sucede en los bienes ó desgracias de su padre. Por lo mismo no se necesita para incurrirlo el consentimiento personal del hijo, basta que estuviésemos en él como en nuestra cabeza. El *pecado habitual*, como que es efecto y término del *pecado actual*, no necesita mas que ser voluntario en su causa, ó virtual y terminativamente.

2 Interrumpida por la soberbia del primer hombre la subordinacion del alma á Dios, en justo castigo experimentó la rebelion de los apetitos inferiores contra la razon; de que resultaron tinieblas é ignorancia en el entendimiento, malicia ó inclinacion á lo malo en la voluntad, debilidad en la irascible, y propension contra el orden debido en la concupiscible: justo castigo de su rebeldia.

3 Pueden leerse sobre estos algunas reflexiones en la *Instruction sur le symbole, seconde inst.*, sect. IV, c. 2, de Nicole. Hay naciones enteras señaladas con cualidades buenas ó malas que se conservan y propagan en ellas por una larga serie de generaciones. El amor de la virtud, como el de la ficencia, parecen como hereditarios en ciertas familias, y pasan á los hijos, no solo por la educacion y ejemplos

desfigurada¹, y este divino Señor de infinita santidad, no pudo ya amarla, ni hacer en ella su morada. Se puede decir, que Dios obra aquí en algun modo como un diestro pintor zeloso de la gloria de su arte, el cual viendo un hermoso cuadro echado á perder por culpa de un criado infiel, no se contenta con despedir á este de la casa, sino que no pudiendo mirar sin sentimiento la pintura degradada, la aparta de sus ojos y la quita de la vista. Todos los dias estamos palpando ejemplos de lo sucedido en el *pecado original*, en los hijos de los reos de estado². — La condicion constantemente infeliz de cier-

de los padres, sino tambien por disposiciones naturales que provienen de la constitucion fisica. † No porque las ideas y sentimientos de los padres se comuniquen á los hijos por *trasfusion*, sino que como en los primeros el hábito de pensar, de reflexionar, comparar y sentir los efectos del vicio ó de la virtud obra sobre sus órganos, esta disposicion obra tambien sobre los de los hijos. Nicole observa que la influencia del primer padre sobre sus descendientes fué de muy diversas consecuencias. Las semillas contenidas en una planta se alteran y corrompen luego que la putrefaccion se apodera de la planta que las produce. † El *pecado original* en cuanto á lo *formal* de él, es decir, en cuanto supone la privacion de la justicia original, y dice relacion á Adan, de quien se trasfunde, es igual en todos, porque todos descenden de Adan, y todos están enteramente privados de aquella justicia; pero en cuanto á lo *material* de él, segun se explican los teólogos, no es en todos igual. En efecto, roto el freno de la justicia original, por el cual se contenian en cierto orden todas las fuerzas del alma, cada una de las fuerzas naturales tiende á su objeto con mas ó menos vehemencia, segun que ella es mas fuerte ó vigorosa. A la manera que tirada la cuerda ó freno con que varios caballos estaban detenidos, uno corre con mas impetu que otro por su mayor ferocidad natural. Y así el que uno sea mas propenso á la concupiscible que otro, no es por razon del *pecado original formalmente* tomado, sino por la diversa disposicion de las potencias. Véase á *Santo Tomás*; 2 part. q. 82, a. 4.

1 Pero no enteramente destruida.

2 « No debemos, dice un autor moderno, juzgar de la justicia divina por la nuestra: la nuestra es justicia de igual á igual: la divina es una justicia del Infinito á un sér finito, del Criador con su criatura. Sin embargo, nuestra misma justicia ¿ no castiga también á los hijos por los delitos de los padres? ¿ no tenemos leyes que degradan y privan de la nobleza, no solo al delincuente, sino tambien á toda su posteridad? A pesar de eso no son miradas como injustas. »

tos pueblos no parece sino efecto de una especie de pecado original en sus antepasados¹. Vemos bendiciones y maldiciones, digámoslo así, originales²; tales como las dadas á Abraham, á Jacob, á David, etc.

450. *P.* Bien: ¿pero cómo el hombre se halla en su origen con esta mancha ó infección? El pecado original, ¿á quien se adhiere entonces? al alma no puede ser, porque es criada por Dios, y sería hacerle autor del pecado; el cuerpo es una materia inerte y pasiva.

R. El pecado original ni se adhiere al alma separadamente, ni al cuerpo; sino al alma unida al cuerpo: porque el cuerpo y el alma unidos constituyen la naturaleza del hombre, que es la que está en desgracia de Dios por las razones dichas.

§ 2.

451. *P.* Cualquiera que sea la explicacion que se dé del pecado original, ¿no se hallan siempre tinieblas en esto que ponen en precision de recurrir á la fe?

R. Estas tinieblas, por grandes que sean, no pueden ocultarnos mas que el modo con que el pecado original se trasmite, la esencia ó naturaleza de este pecado, y las miras de Dios en permitirle; pero no su existencia, la cual es incontestable no solo á los ojos del cristiano, sino tambien á los del filósofo.

452. *P.* ¿En qué manera debe el cristiano conven-erse del pecado original?

R. Todas las pruebas de su fe le inducen á creerlo; cuanto lee en las santas Escrituras, cuanto aprende de las verdades del Cristianismo, todo supone el pecado original. Dudar de este solo artículo, es conmovér el fundamento de todos los demás.

452. *P.* ¿Y la razon depone tambien en favor del pecado original?

R. Sí, y es imposible no percibir las pruebas, que de

¹ Maledictus Chanaan, servus servorum erit fratribus suis. *Gen. ix.*

² Benedictio illius quasi fluvius inundavit. Quomodo cataclysmus aridam inebriavit, sic ira ipsius gentes, quæ non exquiesierunt eum, hæreditabit. *Eccli. xxxix, 27, 28.*

ello nos suministra. Porque en verdad, ¿cómo sin la existencia de un primer pecado, de una caída primitiva, de un trastorno ocurrido en su naturaleza, podrian conciliarse en el hombre tanta grandeza con tanta bajeza, ese ardor por el verdadero bien, ese amor á la verdad, la estimacion que hace de la virtud, con tanto apego á los bienes falsos y caducos, y con tantos y tan frívolos y viles deseos? ¿Cómo comprender que el hombre esté siempre en contradiccion consigo mismo, si no hubiese sobrevenido en su naturaleza algun grave trastorno, que le induzca continuamente, como dice el Apóstol (*Roman. vii, 7*) á no hacer el bien que quiere, y á obrar el mal que no quiere? — ¿Cómo se ha de explicar el contraste tan extraño entre la atencion, que ponemos á las diversas sensaciones agradables, que afectan nuestros sentidos, y la distraccion, que nos hace perder de vista al autor y distribuidor de todos nuestros placeres y contentamientos? ¿los esfuerzos tan grandes de la naturaleza en proveer á todas nuestras necesidades y satisfacciones, comparados con la desnudez y pobreza de su alma, naturalmente abandonada á la ignorancia y á los vicios, de los cuales no se libra sino con mucha dificultad, y nunca enteramente? — Obsérvense esas disoluciones brutamente

¹ Esta degradacion del hombre se manifiesta principalmente en los sujetos privados de las luces de la Religion, y de instrucciones aptas para hacerlos mejores; por ejemplo, en los salvajes natural y casi invenciblemente estúpidos y perversos. — Los niños dan tambien á cada instante señales bien claras de una perversidad natural é innata. Los sofismas con que un famoso filósofo ha impugnado esta triste verdad, se desvanecen á la vista de las pruebas de hecho, que un espíritu atento reconoce fácilmente, las cuales hacen palpable este germen de iniquidad tan fatal al hombre, á menos que las instrucciones y ejemplos contrarios no prevengan ó corrijan sus progresos. « He visto, dice San Agustin, á un niño que aun no sabia » hablar, y ya miraba con rostro pálido y ojos airados á otro niño » que mamaba con él. » Se han visto morir de envidia porque les habia nacido un hermano ó hermana. — Si el hombre ha nacido bueno, como pretende J. J. Rousseau, ¿cómo ha venido á ser malo? — Por los malos ejemplos, se dirá, y la mala educacion. — Hé ahí uno de los paralogismos de la filosofia moderna; pues es claro que esto supone ya la corrupcion existente. — En general el que ha examinado atentamente el proceder de la naturaleza humana, des-

les, ese refinamiento monstruoso en el vicio, esas disipaciones, á las cuales siguen luego la consuncion y la muerte; ese furor con que corre á los espectáculos y á las ilusiones del siglo, conociendo sus terribles consecuencias, y su duracion momentánea: esa solicitud en hacerse esclavo de un mundo, que se sabe que le es pérfido y traidor: la facilidad en quebrantar los preceptos y máximas de la Religion, que cree y reverencia; la alegría con que sacrifica á un instante de locura, á un momento de deleite una felicidad eterna que espera; y dígase despues si semejante ceguedad, si una inconsecuencia tan general y tan constante por una serie tan larga de siglos, pueden ser efecto de una razon pura y sana. — Si añadimos á esto la multitud de enfermedades y de miserias, á que los hombres están sujetos, ¿quién podrá explicar, dice San Agustin (*l. 5. contr. Juliano, c. 83*), el yugo intolerable, que pesa sobre los hijos de Adán? ¿Cómo hemos de creer que un Dios infinitamente bueno y justo pudiese hacernos sufrir tantos males, si el pecado original no nos los hubiese atraído? Un filósofo sensual podrá en horabuena decirnos (*Sixième discours philosoph.*) que él no ve grandes males en el mundo; pues que hay tantas diversiones en Lóndres y París; pero no es en los bayles, ni en la ópera, por donde se debe juzgar de las desventuras de la humanidad.

454. P. ¿No se hallan en algunos climas afortunados, pueblos que parecen vivir en el estado de la naturaleza pura? ¿Es segun se dice, como los habitantes de la isla de Otahiti, los cuales no conocen el pudor¹, y á quienes los filósofos miran como los hombres mas dichosos y felices del mundo?

cube en ella los vestigios de una malicia, que nada tiene de comun con la de los brutos, y que supone evidentemente la corrupcion del alma racional. Bajo este punto de vista pudo decir Bayle con toda razon, que *el hombre es un animal mas monstruoso que los centauros y la quimera de la fábula.*

1 Era tanto lo que los filósofos revolucionarios anhelaban esta felicidad de brutos, que durante sus delirios introdujeron en París los vestidos á la *otahitina*, es decir, de unas simples gasas, con las cuales se presentaban desnudas personas de uno y otro sexo. ¡Ojalá que entre nosotros se conservara siempre la reserva y modestia española, que tanto honor nos dió siempre entre las demás naciones!

R. Es cosa bien humillante haber de disputar con gentes que van á buscar la felicidad entre pueblos salvajes, afeminados y embrutecidos por la ignorancia, las disoluciones y los delitos. Este imaginario estado de naturaleza pura, no lo es sino de una verdadera corrupcion, y de una disolucion abominable de costumbres. Si fuese cierto que los Otahitinos¹, ó algunos otros pueblos salvajes, apenas conocian el pudor, eso queria decir que han aprendido á no respetarle, y que los sentimientos mas naturales y mas fuertes se habian ido debilitando y destruyendo poco á poco con impresiones y hábitos contrarios. El colérico no conoce las dulzuras de la mansedumbre, ni el dado al vino el mérito de la templanza, el avaro las ventajas de una medianía, el ambicioso las delicias de una vida privada: ¿se deberá por eso inferir que estos vicios forman el estado de la naturaleza pura, ni que cuanto estos hombres viciosos ignoran es invencion humana y efecto de la educacion? ¿No es mas fácil de comprender cómo la pasion, el hábito, la educacion, pueden debilitar y extinguir poco á poco el sentimiento moral, que lo es concebir cómo estas mismas causas pueden embotar la sensibilidad física; pues en uno y otro caso ellas hacen violencia á la naturaleza? y sin embargo, ¿no es bien claro que la naturaleza ha inspirado al hombre una cierta reserva, una impresion de modestia y de confusion, respecto á cualquiera sensacion humillante por el imperioso contraste que hace á la razon, por los efectos contradictorios á su fin natural, y por los dolorosos desórdenes que resultan en todo género? «Permita» seme, dice un autor, á quien no se tachará ciertamente » de exagerador², hacer una breve digresion sobre tantos objetos y prácticas obscenas, con que estaban » manchados los antiguos misterios de los gentiles, y » particularmente los de Baco. Ante todas cosas obser-

1 El autor del *Tercer viaje de Cook* los justifica plenamente sobre este punto, y refuta énergicamente los horrores, que en varias relaciones fabulosas y romancescas se les habian atribuido.

2 *Mémoires pour servir à l'histoire de la Religion secrète des anciens peuples, ou Recherches historiques critiques sur les mystères du paganisme*, par M. le Baron de Sainte-Croix. A Paris, 1784, un vol. in-8°.

» varé que el pudor, la vergüenza no es una virtud de
 » convencion, sino que la debemos á la naturaleza, la
 » cual se sirve de ella para hacer mas amable la belleza,
 » la fealdad menos insoportable, y aun á veces inte-
 » resante. La custodia de nuestras costumbres parece
 » confiada á este pudor innato, tan favorable á la propa-
 » gacion de nuestra especie, el cual en vano el vicio se
 » esforzaria á contrahacer¹. Sin duda se dirá que la Re-
 » ligion habia consagrado estas indecencias, y que acos-
 » tumbrados á ellas desde niños, la imaginacion no podria
 » conmoverse por ellas; ó en fin, que no se debe juzgar
 » de las costumbres de los demás países por las nuestras.
 » Estas razones frívolas están bien disipadas por la expe-
 » riencia y por los hechos.»

455. *P.* ¿Pero aunque no hubiera habido pecado al-
 guno, no podia Dios sujetar al hombre á las pasiones, á
 los dolores, y á la muerte?

R. Es cierto que aun cuando no hubiera habido peca-
 do, podia Dios criar al hombre sujeto á la concupiscencia,
 á la ignorancia, á las enfermedades, y á la necesidad de
 morir. La mayor parte de los teólogos sostienen la *posi-
 bilidad* del estado de la *naturaleza pura*², que es un es-
 tado en el cual el hombre estaria sujeto á la debilidad y

¹ Esta observacion merece verdaderamente notarse. El pudor es
 la única afeccion del alma, que no se puede fingir ni imitar, y
 cuya expresion es totalmente involuntaria; tan inútilmente se in-
 tentaria reprimirla como hacerla naer. Séneca desafia sobre este
 punto á todos los cómicos del mundo: « Artifices scenici, qui imi-
 » tantur affectus, qui metum et trepidationem exprimunt, qui tris-
 » titiam repræsentant, hoc indicio imitantur verecundiam: deji-
 » ciunt vultum, verba submittunt, figunt in terrâ oculos; ruborem
 » sibi exprimere non possunt. » *Senec. Epist. xi.*

² El estado de *naturaleza pura* importa precisamente á la natu-
 raleza con los principios que intrinsecamente la constituyen, y las
 cosas que de ellos se siguen y se la deben. En él el hombre hubiera
 estado sin pecado, sin gracia santificante, sin virtudes infusas y sin
 auxilios sobrenaturales, como que nada de esto se le debia segun
 sus principios intrinsecos. Habria estado sujeto al hambre; sed, en-
 fermedades, muerte, etc., como compuesto de un cuerpo de humo-
 res contrarios; igualmente á la ignorancia y concupiscencia, etc.,
 su fin último habria sido Dios como autor natural, segun acá le po-
 demos concebir, etc. Véase al *Billuart. trat. de Gratia.*

á las enfermedades, y no estaria destinado á la fruicion de
 Dios, aunque siempre recibiria los auxilios naturales
 necesarios para cumplir sus deberes, y merecer una ré-
 compensa proporcionada á su estado y méritos¹.

456. *P.* Si independientemente de todo pecado podia
 Dios sujetar al hombre á diversas miserias, ¿cómo por
 la consideracion de estas miserias se ha de decir preci-
 sada la razon á reconocer la existencia de un pecado ori-
 ginal?

R. Porque las miserias á que todo el linaje humano

¹ Los teólogos, que han tratado mas á fondo esta materia, han
 creído que este estado no era posible sino atendida la *potencia ab-
 soluta* de Dios, mas no precisamente segun su *potencia ordinaria*,
 la cual sin grandes motivos no obra contra la naturaleza de las co-
 sas, y el destino fundado sobre atributos esenciales. Ahora pues, se
 ve bien que la dignidad y aun la naturaleza de un Sér espiritual é
 inmortal, capaz de la fruicion de Dios, y que no puede hallar felici-
 dad sino en él, supone un destino diferente del estado de *naturaleza
 pura*..... Por lo demás basta que este estado sea *absoluta y extraor-
 dinariamente posible* para desvanecer algunos errores de estos últi-
 mos tiempos, los cuales se pueden tambien impugnar sólidamente
 sin entrar en esta cuestion. * La diferencia de explicarse los teólo-
 gos católicos sobre la posibilidad del estado de la *naturaleza pura*
 (no hablamos de los Jansenistas, que absolutamente le niegan, por-
 que á estos no los contamos entre los católicos), de *potencia ordi-
 naria y extraordinaria*, depende de la diversa acepcion de estas
 voces. Si se dice *potencia ordinaria*, por la cual Dios no produce
 sino efectos proporcionados á la naturaleza de las cosas, y que les
 son naturalmente debidos: y *extraordinaria*, con la cual produce
 efectos milagrosos, y que exceden las fuerzas y exigencia de la na-
 turaleza; en este sentido el estado de la *naturaleza pura* es posible
 de *potencia ordinaria*, porque en él se supone que todo seria natu-
 ral, y nada milagroso. Si por *potencia extraordinaria*, se entiende
 por la cual Dios puede hacer muchas cosas, que sin embargo de-
 cretó no hacer, y por lo tanto no están sujetas al orden de la pre-
 sente providencia; y por *potencia ordinaria*, con la que ejecuta lo
 que decretó hacer; entonces no es posible de *potencia ordinaria*
 sino de *extraordinaria*; porque supuesto el orden de elevacion de
 la criatura racional á un fin y orden sobrenatural, el estado de *pura
 naturaleza* no es segun la presente providencia. En este sentido
 parece explicarse el autor. Pero siempre se debe conceder, que Dios
 sin perjuicio alguno de sus atributos pudo establecer otro orden de
 cosas, y segun él criar al hombre en el estado de *naturaleza pura*.